



El tejo rojo

Rafa y la Jirafa



JAMIER SAGARNA

 DYLAR

8



Rafa y la jirafa

A las seis en punto, como cada tarde, el autobús del colegio lo dejó en la puerta del zoológico. Rafa bajó despacio, con desgana, y se dirigió arrastrando los pies hacia la taquilla. Aunque esa misma mañana se lo había prometido, su padre no estaba en la puerta.

Pedro, el taquillero nuevo, ya lo conocía.

—Hola, Rafa —dijo acercando la cara al cristal de la taquilla—. Tu padre está donde las hienas. Una indigestión, creo. Ha dicho que te des una vuelta, que ya te llamará.

No eran siempre las hienas. Podía ser un elefante con moquillo, o las nutrias, o el koala que se había acatarrado. La cuestión era que su padre siempre estaba liado y él, harto de darse vueltas por el zoológico, se sabía de memoria hasta el último de aquellos aburridos bichos. Rafa había esperado que, por lo menos aquella tarde, en la que cumplía nueve años, su padre le estuviera esperando en la puerta. Se lo había prometido. Pero unas estúpidas hienas habían comido demasiado.

—Tu padre me ha dejado esto para ti —continuó Pedro señalando un gran paquete—. Viene de Rusia.

El paquete, en efecto, venía de Rusia y era de su madre. Dentro había tres libros y una bolsa enorme de golosinas. También había una carta, bastante larga, en la que su madre le felicitaba y le prometía que, muy pronto, vendría a verle o le mandaría un billete para que fuese a visitarla.

Rafa cogió la bolsa de golosinas y pidió al taquillero que le guardara aquellos libros.

—Ya sabes que cierro dentro de una hora.

—Da igual —contestó Rafa—. Si no ya me los llevo otro día.

Y dando patadas a los montones de hojas secas se acercó hasta el estanque de las focas. Cuatro estaban al fondo, tiradas en el cemento, otra nadaba en círculos en la piscina. Abrió la bolsa y les lanzó unas gominolas. Ni siquiera la que nadaba les hizo el menor caso.

—Tampoco a vosotras os gustan, ¿verdad? —les dijo.

Y siguió repartiendo la bolsa de caramelos entre los leones, que estaban dormidos; las cebras que ni los miraron y el elefante, que solo quería los cacahuetes que le tiraban los turistas.

Tampoco tuvo suerte con las jirafas, aunque no lo intentó demasiado. Le gustaban las jirafas, tan raras, pero verlas le ponía triste, no sabía por qué. Tal vez porque su padre le había contado que eran mudas,

o porque esos ojos con grandes pestañas le recordaban a los de su madre. Y no quería pensar en ella. Era su cumpleaños y no iba a pasárselo echándola de menos. Recordó la carta que acompañaba al paquete: “pronto iremos por allí o si no te mandaremos un billete para que vengas a vernos”, trató de convencerse de que esta vez sería verdad.

Furioso de pronto, estrujó la bolsa de golosinas y echó a andar hacia la jaula de los monos. Esos sí que se lo tragaban todo. Dejó a un lado a los camellos, rodeó la jaula del leopardo que llevaba meses vacía, y pasaba junto al foso de los tigres cuando un tremendo rugido le hizo asomarse. Uno de los tigres recorría la pequeña isla artificial lanzando rugidos y zarpazos al aire, los demás se habían refugiado en un extremo y se los veía atentos, en tensión.

Era lo que faltaba. Fuera lo que fuese lo que tenía ese tigre, si su padre se enteraba no saldrían de allí hasta las tantas. Esa mañana le había prometido llevarle a cenar



pizza para celebrar juntos su cumpleaños, pero aquel tigre iba a echarlo todo a perder. Se imaginó la escena, su padre disparándole un tranquilizante al tigre y encerrándose después en el quirófano durante horas. “Toma, Rafa, este es tu regalo”, le diría antes de entrar tendiéndole un paquete, “felicidades”, eso le diría, “Llamaré al abuelo para que te venga a buscar”. Y hasta el día siguiente no volvería a saber de él.

En cuanto el tigre estuvo a tiro le lanzó la bolsa de golosinas a la cabeza. El animal la vio llegar por el aire y de un zarpazo la desbarató. Gominolas, caramelos y chicles salieron volando en todas direcciones. El tigre comenzó a devorarlos. Seguía inquieto, pero por lo menos había dejado de rugir.

En ese momento lo llamaron por megafonía.

—¡El niño Rafael Navarro, por favor, acuda a Veterinaria!

En una carrera se plantó en la casita —un pequeño chalet con el techo de

paja— donde estaba la clínica. Le encantaba entrar por aquella puerta en la que un cartel decía en letras rojas: “Prohibido el paso”.

Su padre estaba allí, con dos ayudantes, intentando pinchar a un gato montés.

—Hola, Rafa —dijo sin levantar la vista de la camilla—. Siéntate, que enseguida acabo.

Rafa se quedó de pie, sin acercarse mucho. El gato montés bufaba y trataba de zafarse, pero lo tenían bien agarrado. Enseguida uno de los ayudantes se lo llevó. Mientras se quitaba la bata —una bata blanca que siempre llevaba muy sucia— su padre siguió hablando con el otro, un tipo con bigote que tomaba notas en un cuaderno azul. Parecía que le dictaba la lista de la compra.

—...dos redes de acero, pastillas portabilizadoras por lo menos diez cajas, una cantimplora...

Sin dejar de hablar, colgó la bata en el perchero, se guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta y se apretó el nudo de la corbata mirándose en el cristal de la ventana. Luego abrió su cartera y empezó a meter papeles. Rafa le observaba con inquietud. No había ni rastro de su regalo. Su padre era capaz de haberse olvidado.

Lo vio dirigirse hacia la puerta.

—... tres botes de loción antimosquitos, alguna crema para picaduras y... creo que nada más.

Entonces, por fin, su padre se quitó el flequillo de los ojos y lo miró.

—Bueno, ¿cómo ha ido ese cumpleaños?

Por lo menos se acordaba, pero cuando Rafa quiso responder su padre ya no lo miraba.

—Ah, casi me olvido, también necesitare cincuenta dardos tranquilizantes, o mejor cien, de los más potentes, eh, que no quiero sustos.

Y, sin más, abrió la puerta y lo invitó a salir.

Para cuando llegaron a la pizzería, Rafa ya estaba casi seguro de que esta vez se quedaba sin regalo. El año anterior —el primero sin su madre—, su padre había ido a buscarle al colegio y le había llevado a casa de los abuelos. Recordaba bien aquella tarde. Habían llenado la casa de guirnaldas de colores y todos fingían estar muy alegres. La tarta era descomunal. Sin embargo, cuando sacaron la bicicleta de detrás del sofá a él le dio por llorar. No había podido evitarlo. Hubiera dado cualquier cosa por que su madre hubiera estado allí para ver aquella bicicleta.

No es que después de aquello esperase gran cosa, pero empezaba a temerse que, por culpa de aquella llantina, este año su padre no le regalara nada.

Pidieron dos pizzas medianas y se sentaron en una mesa. En cuanto le dio el primer bocado, su padre lo soltó:

—Supongo que ya tendrás ganas de ver tu regalo.

Y sacó un sobre del bolsillo de su chaqueta y lo arrojó sobre la mesa. Dentro solo había un papel alargado; era un billete de avión.

—La semana que viene me voy a África —explicó su padre—. He pensado que te gustaría venir conmigo.

Rafa estuvo a punto de atragantarse. ¡África, juntos su padre y él! Sin embargo, lo que dijo su padre a continuación, enfrió su entusiasmo.

—El Zoo necesita algunos animales y me envían allí a atraparlos. No voy a matarlos —aclaró al ver la cara que ponía Rafa—, se trata de cogerlos vivos, dormirlos y después de comprobar que están sanos traerlos al zoo.

—Entonces estarás liado todo el rato.

—Bueno, sí, tendré cosas que hacer. Pero tú podrás salir de safari, hacer fotos.



Haré que te lleven donde tú quieras. Además...

El doble pitido que anunciaba la llegada de un mensaje al móvil los interrumpió. Sin que Rafa pudiera impedirlo, su padre leyó el mensaje y, cuando Rafa ya se temía lo peor, dijo:

—Es la tía Irene, que los abuelos quieren felicitarte. Acuérdate de llamarles cuando lleguemos a casa.

Dejó el móvil encima de la mesa y dio un mordisco a la pizza.

—¿Entonces qué? —preguntó con la boca llena.

—Quiero ir. Pero no a hacer fotos. Quiero ir a cazar contigo —respondió Rafa.

—¿Por qué no? Algún día podrás venir, claro que sí.

—¿Me lo prometes?

Su padre dudó unos instantes.

—Te lo prometo —dijo al fin—. Pero

solo cuando salgamos a atrapar animales que no sean peligrosos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Rafa.

Estaba tan contento que, si la mesa no hubiera estado en medio, le habría abrazado.

—Entonces necesitarás un buen equipo.

Durante un rato, estuvieron haciendo planes y comiendo pizza. Hablaron en inglés. Desde que era muy pequeño su padre se había empeñado en que aprendiera a hablarlo y en este viaje, le dijo, iba a necesitarlo. Su padre sonreía, daba la impresión de haberse quitado un peso de encima.

Sin embargo, se puso serio cuando al final de la cena le preguntó por el regalo de su madre.

—Te lo ha dado Pedro, ¿verdad?

Rafa se encogió de hombros. No quería hablar de aquel paquete, no quería que su padre le preguntara qué había dentro ni si le había gustado. No quería tener que

mentirle, ni tampoco decirle la verdad. Por suerte, su padre no insistió, sino que se levantó y dijo:

—Bueno, ¿qué te parece si nos vamos a casa y vemos una película?

Pero justo entonces el teléfono volvió a sonar. Su padre contestó y enseguida Rafa supo que se había liado.

—Voy a tener que dejarte en casa de los abuelos —dijo cuando colgó—. Tengo que volver al zoológico. Hay un tigre enfermo. Parece grave.